



PROGRAMA LIBROS Y CASAS

Palabra de mujer

Crónicas sobre mujeres argentinas



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina



El costo de las relaciones domésticas

Santiago Canevaro (doctor en Ciencias Sociales) |

Luciana Mantero (periodista) | **Sub Coop** (fotógrafos)

Las empleadas auxiliares de casas particulares no son empleadas comunes. Comparten con sus patrones casa, comida y, muchas veces, momentos claves de la vida. De alguna forma, son parte de la familia. Los autores pensaron las lógicas y tensiones de esta relación que oscila entre la confianza y el negocio, incluye favores y recomendaciones, pero no deja de lado la distancia de la jerarquía.

Hace 18 años que Natividad trabaja en la casa de Irene. Le ha dicho que la regularice, que la inscriba en la AFIP, le haga los aportes previsionales y le pague las cargas sociales que corresponden, pero Irene no dice nada. Dilata la cuestión. Hace unos días, le dijo que, según sus averiguaciones, eso no es posible. Así dijo: “Eso no es posible”.

Natividad sabe que es mentira. Un abogado le aseguró que si empezara un juicio lo ganaría. La bronca le

revuelve el estómago. Tantos años de quererse y la engaña de esta manera. Su hermana trabaja con la prima de Irene, su sobrina limpia en lo de la prima de Irene, su tía trabaja como niñera de los mellizos de la hija de Irene. ¿Y ella le paga así, mintiéndole?

“¿Y si le hago juicio y la mando a la mierda?”, se tentó muchas veces. Pero hubiera sido arruinar toda una industria familiar basada en la confianza.

En la cocina, esperan que se terminen de dorar los canelones, cuando le dice que va a renunciar. La mira a los ojos; Irene desvía la mirada hacia los azulejos del piso.

—No vaya a ser cosa que en vez de una carta de renuncia me vayas a mandar una carta documento —dice Irene.

—Perdé cuidado, que yo no soy esa clase de persona —contesta ella.

Gracias a su comadre, empezará a trabajar pronto en una casa nueva, ganará el doble, en blanco, menos tiempo y con más flexibilidad.

—Hice bien en aguantarme la bronca —dirá después.

Habría tirado tantos años a la basura. Y ni hablar de la amistad, el cariño. Se habría quedado sin referencias. Habría ensuciando el honor del resto de su familia. El tiempo le daría la razón. Era importante que

la nueva patrona supiera qué clase de persona estaba metiendo en su casa.

Las 150 mujeres y los ocho hombres caminan en la Plaza de Mayo; usan remeras blancas con letras celestes y rojas. Algunas dicen “Unión de Personal Auxiliar de Casas Particulares (UPACP)” y están estampadas con el logo del sindicato. Otras son más coloquiales: “Empleadas domésticas”. Pasan por al lado de una carpa en la que protestan ex combatientes de la guerra de Malvinas, desfilan cerca de la Pirámide y se amuchan bajo la sombra de una de las pocas palmeras que alivian aquel agobiante mediodía de noviembre. Las mujeres llevan en sus manos pancartas con la inscripción: “Por la reivindicación laboral”. Hace un rato bajaron de cuatro micros escolares anaranjados.

Charlan entre ellas, pero cuando se acerca un móvil del noticiero de Telefé que transmite en vivo, se agrupan, levantan los carteles y las banderas fluorescentes. El grupo de hombres desenfunda unos instrumentos. Se hace una suelta de globos celestes y blancos y entonan, con cierta afinación:

*Hoy cantemos, cantemos con orgullo
siempre unidos por una causa justa
defendiendo dignamente los derechos*

*de los trabajadores del hogar.
Que las voces sigan resonando
al compás de la música gloriosa
y unamos nuestras manos laboriosas
convencidos que vamos a triunfar.*

La Unión del Personal Auxiliar de Casas Particulares (UPACP), el sindicato más grande, tiene 60.000 afiliadas y su obra social, 120.000. En las aulas de computación, limpieza y cocina de la Escuela de Capacitación se machaca la idea de que su trabajo debe ser respetado, valorado y remunerado de forma justa y que ellas deben tener los mismos derechos que cualquier otro trabajador.

A pesar de que representan más del 17% de la población femenina económicamente activa: unas 800.000, la convocatoria es acotada. El acto dura más de una hora y luego cada una de estas mujeres se sube a los micros y vuelve a su casa o a su trabajo.

13.04.13 00:20

Maria_jo

Es imposible conseguir mucamas que trabajen en blanco por esos planes sociales. Prefieren atenderse en hospitales que acceder a una obra social y sus

respectivos beneficios. Hoy tengo 2 mucamas, una a la mañana y otra a la tarde, y siento que me hacen un favor al venir a trabajar. Creo que hay que valorar la cultura del trabajo, hay mucha gente que se abusa pero a mí me tocan todas las que se saben todas las leyes!! Me la banco porque tengo un bebe de 1 y medio y sin ayuda es imposible.

12.04.13 19:29

Zgizgi

Tuviste suerte. No hablo por todas, pero mejor las tratás y peor te pagan. Al menos en mi experiencia.

12.04.13 18:19

mazinkert

Se cortó la joda. Ahora no van a poder trabajar en negro y cobrar el plan trabajar.

12.04.13 18:19

hectorv

Que alguien me explique, porque leí la ley y no entiendo ¿a la Sra. que viene a trabajar 4 horas 1 día por semana a casa le tengo que pagar 14 días de vacaciones, licencia por maternidad y darle días de estudio? ¿Le tengo que pagar la totalidad de los aportes previsionales?

12.04.13 17:42

solcitolodemadrid

Las empleadas domésticas no pueden estar igual que cualquier trabajador. Tienen casa y comida gratis, y 8 horas de trabajo diarios, el resto es extra, y siesta de 3 horas, y terminan los sábados, pero tienen CASA, GAS. TELEFONO, ELECCTRICIDAD, AGUA CALIENTE, CALFACCION, AIRE ACONDICIONADO, COMIDA!! DE LA MEJOR Y DE LA QUE COMEN SUS PATRONES!!! NO HAY DIFERENCIA, HELADOS, CINE, TV, SALIDAS, EL SUELDO LES QUEDA LIMPITO!! ES UN EXCELENTE TRABAJO!!!!

Otros internautas del diario *La Nación* pronosticaban un aumento de despidos en el sector. Algunos sostenían que no podían ser tratados como una empresa en cuanto a las exigencias laborales. Y otros decían que no podrían pagarlo.

Todos comentaban la noticia: una semana después de la marcha de UPACP, el Senado aprobó con modificaciones el Régimen Especial de Contrato de Trabajo para el Personal de Casas Particulares, que Diputados convirtió finalmente en ley el 14 de marzo de 2013. La norma prohíbe el trabajo a menores de 16 años, otorga licencias

por maternidad y otros permisos, duplica la indemnización, exige la contratación de una ART y equipara otros derechos a los del resto de los trabajadores.

Pero nada sugiere que los empleadores sean conscientes de sus responsabilidades. El rubro se ha desarrollado históricamente por fuera de todo marco legal (hasta 2004, el 95% de las empleadas domésticas no estaba registrado) y el trabajo sucede en un espacio de intimidad, puertas para adentro.

Según cifras oficiales, el 84% del empleo doméstico es en negro. Por ahora, muy pocas empleadas aprovecharán estos beneficios.

Ester González trabaja como empleada doméstica desde hace 32 años. Conoce el oficio. Elige trabajos por hora, privilegia a personas sin hijos, preferentemente hombres: suelen no estar y cuando están, “joden menos”. Reivindica su profesionalización como agente de limpieza.

—No es una cuestión personal. Un empleador entrometido entorpece tu trabajo. Se ponen a mirar, y están ahí relojeando todo el día, es insoportable, podés perder el día —dice mientras ordena la ropa en la pensión de Constitución en la que vive.

Ester llama a sus empleadores por su profesión o su estado civil. Trabaja en casa de una psicóloga, un médico, una odontóloga, “un hombre solo”, una pareja y un estudio de abogados, entre otras más esporádicas.

Elige definirse como alguien que ha tenido que “ganar las casas”: aprender el estilo de limpieza con los productos adecuados y las prioridades de cada empleador; la psicóloga prefiere encerar la mesa de madera cada semana, para la odontóloga con un trapo húmedo con detergente es suficiente; el baño del “hombre solo” se repasa a fondo con lavandina; por la alergia, el de los abogados solo con algún limpiador cremoso. Lograr la confianza suficiente para ingresar al hogar con las llaves, limpiar en soledad, tomar su salario diario o semanal y comunicarse vía notas o mensaje de texto; establecer la ruta más efectiva para ir de un lado a otro de la ciudad y sus alrededores cumpliendo con los horarios pactados. Esto le permite poder trabajar “tranquila”, organizar su itinerario laboral y ajustarlo a sus responsabilidades personales y familiares. Hace tiempo que decidió que no estaba dispuesta a perderse la vida de sus hijas “por cuidar la de otros”.

No siempre trabajó por horas. Hubo un tiempo, en los comienzos, en que se desempeñó “sin” y “con

retiro” cuidando niños y limpiando en distintas casas. Tiene 47 años.

Entre las empleadas domésticas argentinas se detecta un corte generacional según sus expectativas, contextos sociohistóricos y trayectorias laborales: las mayores de 50, cuya movilidad social está dada por los beneficios que surgen de las relaciones afectivas entabladas con las dos o tres familias para las que han trabajado a lo largo de sus vidas; y las más jóvenes, y desapegadas, en general con mayor nivel de instrucción, que ven el oficio como algo transitorio. Por su edad, historia y mirada, Ester podría ubicarse en un espacio intermedio entre ambos grupos. Privilegia vínculos fugaces, aunque esto no quiere decir que no sea consciente de las virtudes que supone entablar relaciones afectivas con empleadores. La excepción es Romina.

Para ella, Romina no es arquitecta, ni bióloga, ni veterinaria. Es Romina, a secas.

Ester entró a trabajar a su casa “con cama” en 1992; cuidó primero a sus dos hijos y después, cuando nació el tercero, Christian, pasó a trabajar “con retiro”.

Christian, 15 años, alto y pálido, está arreglando una computadora en el cuarto de la pensión que Ester comparte con sus dos hijas, de 8 y 11 años. Juega con

ellas. Han ido a sus cumpleaños, a jugar a su casa, han sido invitadas al country del padre en el verano.

También se apretujan allí la hermana de Ester con su novio y otra amiga de la pensión. Es domingo, seis de la tarde y mientras Ester cuenta su vida, suena su celular. Es Romina, que hace menos de un mes tuvo un accidente.

Ester atiende, habla, y su expresión denota algo de molestia. Después le pasa el teléfono a Christian, quien lo agarra como resignado.

Romina le acaba de pedir a Ester que vaya a su casa para ayudarla a bañarse.

Ester empieza a abrigarse.

—¿No será que te vas a ver algún novio? —le dice su hermana.

—Ojalá tuviera un novio que me bañara —responde ella, la mirada seria.

No le gusta eso de tener que ir corriendo cuando su empleadora quiere bañarse, pero después dirá que Romina fue la única que la quiso poner en blanco desde el primer día de trabajo y nunca tuvo que pedirle aumento. Le recomendó a la hermana de su mejor amiga como pediatra en un hospital público y a un nefrólogo para su madre, que viajó desde Santiago del Estero para tratarse. Cuando ella estuvo internada, se preocupó por sus hijos.

Ester vivió las dos separaciones de Romina y el casamiento de uno de sus hijos. Las decisiones que atañen a los cambios en la modalidad y el tipo de trabajo se relacionan con el ciclo de vida de empleadoras y empleadas. Casamientos, nacimientos, separaciones, migraciones.

Así, pese a la molestia que le causa, saluda a sus hijas y a su hermana y sale para la casa de su patrona.

Luis Vidal es ancho, ampuloso, cortés y delicado. Toma un té con scones en una tacita de porcelana de Limoges. Está sentado en un living elegante que pertenece a una nieta de la familia para la que ha trabajado gran parte de su vida, con la que aún sigue en contacto y quien lo ha convocado para que cuente su historia. La nieta pide anonimato. Solo dice que vive en Coghlan.

A los 12 años, Vidal ya era peón, ayudaba a su padre, que era encargado de la quinta y del criadero de aves de la chacra de fin de semana de la familia. Después pasó a ser “pinche de cocina”. El mundo respiraba la paz de entreguerras y la Argentina atravesaba la “década infame”, plagada de fraudes electorales. Aún no había leyes para el personal doméstico (como la que se sancionaría en 1956 y otorgaría derechos restringidos), ni

sindicatos, ni jurisprudencia, ni estatutos. Por ser menor, Luis cobraba medio sueldo.

A los 16 pasó a hacer el mismo trabajo en la mansión de estilo francés y cuatro plantas en Buenos Aires. Y cobró su primer sueldo entero. Un tiempo después, ascendió a mucamo y, finalmente, a mayordomo.

Vivía en unos departamentitos del último piso. Salía de franco solo los domingos y alguno cada tanto le tocaba quedarse de guardia.

Trabajaba para la señora y el señor de aquella dinastía, de diez hijos y una veintena de nietos, de la alta sociedad porteña.

—Para mí, la señora era madre y maestra. Yo tengo cuarto grado en una escuela rural. Ella me enseñó las reglas de educación, me enseñó cómo tenían que comportarse los hijos. Y con la Niña (la hija solterona) aprendí todas las reglas de cortesía. Me enseñaron protocolo. Me prepararon para la vida.

Sus patronos pasaban la mitad del año de viaje paseando y haciendo negocios por Europa, en las exclusivas carreras de caballos de Ascot patrocinadas por los reyes de Inglaterra o remojándose en los baños termales de Bagnoles de l'Orne, en la costa francesa.

—Se ganaba bien. El trabajo era liviano. La verdad es que éramos príncipes. Había buen trato, buena

comida. Nos iban aumentando el sueldo sin necesidad de pedirlo.

Luis aclara que él tuvo suerte porque no era lo mismo en todas las familias de la alta sociedad local. No existían las vacaciones para el personal, pero a él le daban una semana. En aquella casa, todos los empleados tenían un médico de cabecera.

Se acuerda de aquel enero en el que tenía que operarse las amígdalas. Antes de irse de vacaciones a Mar del Plata, su patrona le ordenó al médico que lo dejaran internado en la clínica una semana más: la casa iba a quedar sola y nadie podría cuidar al mayordomo.

Lo que no recuerda Luis (o tal vez prefiere no mencionarlo) fue el verano en el que había ido a trabajar a la estancia del sur, cuando uno de los hijos de sus patronos lo invitó a navegar por los fiordos junto con sus amigos. La felicidad lo desbordaba. Pero casi a punto de embarcarse, la esposa de su anfitrión lo humilló: delante de todos, le dijo que volviera a la casa a cumplir con sus tareas.

Tiempo después, Luis le daría la razón. Pensaría en quién se iba a hacer cargo de su trabajo atrasado. Luego, Luis se casó con Angélica Ana, mucama de una de las nietas de los señores. En 1949 tuvo un pico de estrés y decidió renunciar.

A través de la familia llegó recomendado como *maitre* (o jefe de sala) al emprendimiento gastronómico de otra señora de alta sociedad. Luego empezó su propia empresa de catering y se convirtió en uno de los principales proveedores de sus ex patrones para las cenas familiares, los té canasta y las reuniones de bridge. A lo largo de varias décadas se ocupó de los casamientos de muchos nietos y bisnietos de la familia.

Se compró su casa con un crédito de 50.000 pesos sin interés ni garantía, a devolver en el monto y en el tiempo que él quisiera, del banco de sus ex empleadores. A la hora de jubilarse “no le dio la confianza” para pedir un certificado de mayor sueldo y conseguir una mejor previsión social.

“Luis, estamos de igual a igual. Usted se lo ganó por su cumplimiento”, recuerda que le dijo el señor cuando él fue a agradecerle una recomendación. Despliega aquella frase como una cucarda. Pero no se engaña.

—Hemos tenido una amistad sincera y recíproca con la familia. Siempre existió ese gran respeto; seguirá por toda la vida. Pero por más confianza que haya, es una relación de trabajo.

Como muchos otros empleados y empleadas domésticas mayores de 50, Luis Vidal ha sido “criado”

y “formado” por las familias de altos recursos. Para Luis, como para sus empleadores, la proximidad física no supone un cuestionamiento de las fronteras sociales: procesa esas distancias desde nociones como el “honor”, el “agradecimiento”, la “devoción” y el “respeto”. Empleados como él se reconocen afortunados en el hecho de trabajar para una familia con recursos económicos y valores culturales distinguidos. Sus trayectorias nos hablan de una Argentina distinta y nos muestran el manejo y procesamiento de las distancias sociales en los sectores altos de la sociedad.

Cuando hace 19 años Cecilia llegó a la casa de Patricia, a tres cuadras del Parque Lezama, para trabajar tres veces por semana, no sabía cocinar ni limpiar.

—Le enseñé cómo hacer una carne al horno, le enseñé valores. Soy obsesiva y ahora ella es obsesiva y le sirve para el trabajo: la convertí en una mina casi perfecta como doméstica —dice Patricia, sentada en el living de su casa.

A los pocos meses, Cecilia quedó embarazada: Patricia le consiguió pediatra y un hospital en el que atenderse. Luego, Cecilia se separó. Tenía problemas

para pagar la pensión y Patricia, que le había tomado cariño, le ofreció que se fuera a vivir a su casa.

Se mudó con su hija. Y así se fue acercando a Alberto, el hijo mayor de Patricia, que atravesaba una serie de brotes psicóticos cada vez más graves. Alberto solo parecía animarse a salir de la casa con Cecilia y su beba. Los fines de semana, salían de paseo todos juntos.

—Se iba convirtiendo en alguien cada vez más parecida a mí. Alguien que yo podía dejar encargada de todo cerrando los ojos, era como si yo estuviera en la casa.

Lograr que una empleada realice las tareas domésticas “como si fuese” la propia empleadora constituye una garantía de la continuidad de un “modelo de domesticidad” burgués en los hogares de sectores medios como el de Patricia. En las casas, puertas para adentro, se difunden patrones culturales que promueven ciertos significados y representaciones entre grupos de clases sociales distintas.

Tres años después de vivir en la casa de Patricia, Cecilia conoció a su actual marido, un tapicero cordobés, ex alcohólico recuperado desde su ingreso a la Iglesia de los Testigos de Jehová. Al año, un mes antes de casarse, se fueron a vivir juntos a una casa en el conurbano bonaerense. De a poco, la relación patrona-empleada iba tomando otro cariz: no era familiar, pero

se acercaba a algo parecido. El hijo mayor de Patricia fue el padrino de la boda.

Tuvieron un hijo. Y Cecilia siguió a su marido en los caminos de la fe.

—En casa éramos todos muy críticos respecto a la afiliación a los Testigos de Jehová. Nos daba pena por los chicos, con los que nos habíamos encariñado, porque ellos no festejan los cumpleaños ni Navidad. Nosotros les hacíamos regalos, les decíamos feliz cumpleaños, y en Navidad venían con nosotros. Cecilia se ponía mal porque nos metíamos un poco.

Empezaron los roces; además Patricia empezó a tener problemas económicos. Cada vez se demoraba más en el pago del sueldo. Entonces entre ambas hubo un acuerdo implícito de que Cecilia dejara a sus hijos al cuidado de Alberto y su abuela, mientras ella iba a otros trabajos. La madre de Patricia se convirtió casi en una abuela para los chicos.

La casa de Patricia en el primer piso y la de su vecina en la planta baja limitaban con otra, abandonada, en plena disputa legal por la sucesión. El deterioro y la humedad le habían causado a Patricia daños en la medianera. Sin dinero y como compensación, los herederos habían pactado cederle un espacio para que guardara su auto.

La casa abandonada había sufrido varios intentos de ocupación. En octubre de 2002, Patricia accedió a una sugerencia que su empleada doméstica le había hecho varias veces: mientras se resolvía el juicio, Cecilia y su familia podían mudarse a aquella casa.

Como la puerta del frente estaba tapiada para evitar intrusiones, Cecilia y su marido entraban por la del garage de Patricia. Arreglaron el techo, la cocina y construyeron habitaciones. Patricia empezó a sentir que Cecilia abusaba de los espacios que le daba.

—Cada vez que salía, dejaba a los chicos en casa. Todos los días. Como si mi mamá y mi hijo fueran sus niñas.

Algo que se había iniciado como un acuerdo implícito a partir de la dificultad de Patricia para pagarle el sueldo a Cecilia, se transformó en un problema. Patricia pensó que el vínculo había “sobrepasado la relación de una patrona y su criada”.

—Hubo exceso de confianza. Y se terminó de confundir todo —dice mientras camina por su terraza llena de plantas. Abajo, en el patio de Cecilia, hay plantas parecidas.

Patricia se enteró de que Cecilia y su familia estaban colgados de la luz, el gas y la televisión por cable de un vecino y una fábrica lindante, y de que ya tenían

interesados en alquilar la cochera. Una cochera que era suya.

Un día que Cecilia había ido a limpiar su casa, le pidió que sacara el auto del garage. Patricia se negó. Cecilia insistió y, enojada, le dijo que no podía volver a dejar el auto ahí.

—Y vos no podés poner más un pie acá en esta casa. Considerate despedida. Sos una hija de puta.

Para Patricia, Cecilia no había reconocido las fronteras que las separaban.

El reclamo de Cecilia se inscribe en una lógica igualitaria. Seguir creciendo suponía para ella poner en cuestión, a partir de un planteo directo que afectaba los intereses concretos de Patricia, una frontera de clase que se había vuelto permeable. Ella dice que la entiende.

—Pero ojo, que yo lo que tengo lo hice laburando, a mí nadie me ayudó. Y ella sabía esto.

La igualación que hace Patricia es un aspecto frecuente en la identidad de los sectores medios de Buenos Aires, asociada a sus orígenes inmigrantes. El empeño, el esfuerzo y el trabajo son valores culturales para resaltar. En paralelo, es también la clase media la que suele asociar la autoridad ejercida de manera estricta con una supuesta condición jerárquica o esclavista. La situación a la que llegó la relación muestra la

vacilación y la dificultad de Patricia para ejercer la autoridad en cuanto empleadora.

Del otro lado, Luis Vidal comparte con Ester y Cecilia la experiencia de tener empleadores o patrones que les han dado ayuda, favores, recomendaciones a lo largo o durante ciertos períodos de sus vidas. Pero esto tiene consecuencias en ellos. Luis toma la jerarquía como un orden casi natural; Ester la acepta con evidente disgusto y la cuestiona; Cecilia la desafía montada sobre un sentimiento de igualdad.

Esta mayor cercanía entre clases sociales, que se refleja en códigos compartidos entre sectores distintos, y por ende en los vínculos entre empleadoras y empleadas, es algo que nos identifica como país. Expresan una “cultura igualitaria” o “pasión por la igualdad social” que algunos investigadores atribuyen a la influencia de las tradiciones plebeyas de la inmigración y al peronismo. Es un fenómeno que es menos habitual en Brasil o en México, por ejemplo, donde las relaciones entre clases parecen más atravesadas por códigos jerárquicos y distancias sociales inamovibles. Y bien diferente de otros casos anglosajones, como Estados Unidos, donde el igualitarismo se manifiesta en intercambios mediados por el dinero: el gran igualador universal.

Media hora después de prohibirle poner el auto en el garage, Cecilia volvió llorando a pedirle disculpas. Patricia se negó a aceptarlas. A los quince días recibió una carta documento que la demandaba por 15.000 pesos en concepto de indemnización, jubilación, aportes patronales y daños morales. Patricia, dice, se sintió muy mal y tuvo una descompensación. La empleadora contestó las cartas documento hasta que, pocas semanas después, su ex empleada desistió de seguir con el juicio.

Cecilia fue la primera empleada que Patricia se permitió tutear en su vida.

Luego, contrató a Noelia.

A ella la trata de usted.





Coordinación editorial

Revista Anfibia (UNSAM) - Programa Libros y Casas

Edición

Sonia Budassi, Martín Ale, Ariadna Castellarnau, Daniela Allerbon

Revisión de contenidos

Débora Ruiz, Daniela Valeiro, Florencia Argento, Pilar Amoia,
Bárbara Talazac

Corrección

Gabriela Laster

Diseño de la colección

Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación

Paula Erre

Gestión de derechos de autor

Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño, Daniela Valeiro

Imagen de tapa

Eduardo Carrera
